

á los pequeños, capaz de concebir y aun de realizar la monarquía universal tantas veces soñada por tantos extraordinarios genios de la conquista y de la guerra. Realmente la noción política de los propios intereses no estaba en estos días aun todo lo clara que debiera en la mente de los pueblos europeos. Así, por ejemplo, los suizos, que situados tan cerca de Alemania, tenían capitalísimo interés en evitar la exaltación de Carlos, no se arriesgaban á ello, antes por el contrario la favorecían, deseosos de satisfacer una pasión, impropia de pueblos libres, la pasión de la venganza, heridos como estaban de las victorias sobre ellos alcanzadas por el rey Francisco I. Mas políticos los venecianos, sabían y recordaban cómo la casa de Austria codició en todo tiempo sus propios dominios; y apoyaban, por ende, resueltamente, la candidatura de Francisco I. Sosteníalos en este empeño el Papa Leon X, bastante florentino para saber todas las finuras de la política italiana y profundizar todos los intereses de su persona y de su patria. La obra magna del Pontificado, durante la décimatercia centuria, consistió en evitar la reunión del Imperio germánico y del reino de Nápoles. Por consecuencia érale intolerable la idea del triunfo de Carlos V, que al reino de Nápoles unía sus Estados hereditarios, esparcidos en toda Europa, y el vasto territorio de América. Y no menos intolerable le era seguramente al refinado Papa la idea de una victoria de Francisco I en el colegio de los electores de Alemania. En último resultado, España que volvía de Granada, que bautizaba al Nuevo Mundo, que combatía en Africa, pasaba por la más católica entre todas las naciones; mientras que aquella Francia, parte integrante casi en otro tiempo del Pontificado romano, había sido indispuerto desde las hazañas de Felipe el Hermoso en tales términos con Roma, que casi aspiraba en su histórica desavenencia, mantenida por desapoderadas ambiciones, á poseer una Iglesia nacional independiente de la romana Iglesia. Además, razones políticas le obligaban á perseverar en sus recelos, respecto á Francisco I, aunque no tan vivos como los recelos que tenía respecto á Carlos. Si poseía este Sicilia y Nápoles, aquel poseía, en cambio, el Milanesado en pleno dominio y un señorío especialísimo sobre la republicana ciudad de Génova. Así para debilitar al Imperio, Leon X concitaba las rivalidades de Carlos V y Francisco I; sostenía á éste contra aquel y á aquel contra este; soplabá en los oídos de los príncipes germánicos el

deseo de imperar; y hasta alentaba las pretensiones de Enrique VIII de Inglaterra, no menos vano que el rey de Francia y no menos ambicioso que el rey de España, los dos verdaderos pretendientes.

Abrióse por fin la dieta de los electores en la imperial ciudad de Francfort el día 17 de junio de 1519. Componíanla el célebre Alberto de Brandeburgo, á quien ya conocemos como arzobispo de Maguncia, por la célebre cuestión de las indulgencias; el sensato Herman, conde de Vie y arzobispo de Colonia; el arzobispo de Tréveris; el Rey Luis, cabeza de aquel Estado de tanta influencia en la cuestión religiosa, del Estado de Bohemia; el Conde Palatino del Rin, que representaba una de aquellas dignidades semi-feudales y semi-cortesanas, tan comunes en Alemania; el duque Federico de Sajonia, amigo fraternal de Lutero, ese duque á quien llamaban el Prudente; y por último, el marqués de aquella grande Marca, que dilatándose en el tiempo y en el espacio, había de llegar á ser la moderna Prusia. Muchas veces, cuando llegaban á la asamblea los electores, iban ya influidos, cohechados, puestos cada cual á merced, con alguna rara excepción, de quien más les prometiera ó les donara. Sin embargo, tenían por tradición ellos mismos, indóciles de suyo á toda autoridad, deseosos de conservar una independencia completa, no elegir ningún príncipe poderoso, sino un su igual, capaz de atenderlos, después de nombrado, como si aun estuviera pendiente de sus votos. Y al fin prometieron la deslumbradora corona germánica al elector Federico de Sajonia. Idealista de suyo este, mas dado al cultivo de las artes y de las ciencias que á las artes de la política, religioso por complexión, amigo de los teólogos de su tiempo, sentía secreta repugnancia por necesidad á tan alto cargo, y recelaba caer en laberintos de bien dificultosa salida. Por consiguiente, rehusó la dignidad imperial, y propuso que se eligiera Emperador, no con arreglo á la política interior de Alemania, sino con arreglo á la política exterior; á fin de que pudiese conjurar la espesa nube condensada á la sazón por desgracia en las regiones de Oriente. Decir tal cosa, equivalía en puridad á nombrar á Carlos V. Así, pervertido este en su condición moral desde edad bien temprana por el ejercicio de una autoridad tan alta, envió dinero al elector, creyendo que almas tan grandes tenían también su precio. Rechazólo el elector indignado, y como lo ofrecieran también á sus cortesanos, díjoles que tenían la



libertad completa de tomarlo ó no segun su conciencia, en la seguridad tan solo de que todos cuantos percibiesen un florin no mas de aquella suma, quedarían en el acto despedidos de su servicio.

Y Federico de Sajonia habia hecho en realidad Emperador á Cárlos de Austria, porque renunciando él á ceñirse la corona imperial, no se encontraba ya ni quien pudiera obtenerla, ni quien pudiera desearla. Los dos agentes de Cárlos, el cardenal Gurk y el obispo Lamark, ministro aquel de Maximiliano y enemigo este de Francisco I, diéronse tales trazas á influir en el colegio de electores, que granjearon la unanimidad, y dispusieron en pro de su obra, por un milagro de paciencia y de tenacidad, al mismo Nuncio del Papa, el cual se apresuró á sancionar la victoria y á prometer lo que parecia imposible, la compatibilidad entre el imperio de Alemania y el reino de Nápoles, separados siempre en el pensamiento y en la política de los Pontífices. Proclamada la votacion, y hecho Cárlos V Emperador, apresuráronse los electores á poner toda suerte de limitaciones y de vallas á su autoridad imperial, á fin de que no pudiese, por lo mismo que era tan grande, dañar en manera alguna á los soberanos, á las dietas, á los condes, á las ciudades libres, á las diversas agrupaciones concurrentes á formar el complicado Imperio germánico. En el momento de recibir la corona imperial topaba con las mayores dificultades que han circuido el comienzo de ningun reinado. Desconociendo la naturaleza de la nacion española y olvidando sus tradiciones, queria sobreponer su autoridad á la autoridad de las leyes y á la representacion de los pueblos; y circuido de gente extranjera odiada aquí, ingrato para con Cisneros á quien el pueblo amaba fervientemente, encerrado en el silencio natural impuesto por el desconocimiento de la lengua, adscrito á privados ávidos de oro, encontró desvío en Castilla, resistencia en Aragon, enemiga en Cataluña; porque todos estos reinos, de antiguo acostumbrados á la práctica de la libertad y al ejercicio de su regular soberanía, presagiaban la intrusion del jóven monarca y de su poder avasallador en el seno de fueros, y de constituciones, y de derechos, á los cuales prestaban fervoroso culto, y que no podían resentirse ni aminorarse en la práctica, sin esparcir por do quier profundo é inevitable malcontento. Y á pesar de esto, precisábase forzar un poco las máquinas parlamentarias, prescindir de las resistencias legales, sacar pechos y tributos para presentarse en

Alemania, donde le llamaban los votos de sus electores y las agitaciones de la conciencia religiosa; para contrastar á Francisco I, que detentaba los ducados de Milan y de Borgoña, favorecia las pretensiones de Juan de Navarra y acechaba el reino de Nápoles; para reducir al Papa, vacilante entre los dos partidos, á quedarse definitivamente en el suyo y prestarle su soberano influjo; para tener á raya la enemiga de los venecianos que podia inferirle graves males; para granjearse la amistad de poderosos monarcas, que podían favorecerle y auxiliarle en los próximos y azarosos conflictos. Ya demostró bien pronto el jóven príncipe, que parecia tan tímido y silencioso en España, todo el poder de su genio y toda la astucia de sus intrigas, cuando, al partirse de España para Alemania, conociendo la fuerza que podia tener un reino tan poderoso como Inglaterra y un rey tan soberbio como Enrique VIII en los futuros destinos del mundo, zarpó de los puertos españoles y desembarcó en la isla británica cuatro dias, ganándose la amistad del cardenal Wolsey, que gobernaba como privado á Inglaterra, y deteniendo el brazo de Enrique VIII que podia salvar de su cólera y de su pujanza al rey Francisco I.

Pero el asunto de los asuntos para Cárlos I era el asunto religioso, que traía tan conturbada toda la Alemania. Tronando en la conciencia como una tempestad del cielo aquella tempestuosa voz del monje revolucionario; ardiendo en el fuego de las nuevas ideas aquella Sajonia que llevaba el vicariato del Imperio; constituida la prensa en voz de la revolucion; agitadas las artes mismas que tienen tanta virtud y tanta fuerza para los apostolados de todas las ideas; deseoso el pueblo de pelear y de morir sin saber siquiera la causa porque peleaba y moría; viva y fresca y poderosa la palabra de Hutten sobre aquel encrespamiento de todas las pasiones; cuando el 27 de junio, los electores, vestidos con su traje de escarlata, se reúnen entre el repique de todas las campanas en la capilleja cercana al coro de la iglesia de San Bartolomé y nombran Emperador á Cárlos V, bien puede decirse que extendían con sus votos el nuevo eje de una nueva Europa.

¡Qué diferencia entre el hombre que representaba la idea y el hombre que representaba la accion! ¡Qué diferencia entre Cárlos V Emperador y Martin Lutero catedrático! Este lleva una idea y aquel una espada; este enciende los ánimos con su palabra y aquel los recoge y los reconcentra con su silencio;



ase el uno á guisa de manojo de rayos la conciencia de la Europa nueva en sus frases, y el otro, á guisa de un viejo y gastado mundo, el áureo globo terráqueo de Cárlo-Magno en sus manos; es el monje la elocuencia que se desborda y es el César la reflexion que se reserva; á la menor idea aquel se deshace en arengas inacabables y este se repliega para allegar fuerzas indecibles; el uno, aleman por su sangre, aleman por su talento, aleman por su historia, aleman por todas sus inclinaciones, personifica en alto grado la Alemania; mientras que el otro, aleman, francés, flamenco, español, reúne en sí todas las razas como reúne en su Imperio todos los pueblos. Representará por consecuencia el uno, la idea nueva, la reforma progresiva, la palabra reveladora, la revolucion religiosa, la Alemania rebelde, mientras el otro representará con su monarquía española, con su Imperio germánico, con sus Estados hereditarios de Flandes y de Italia, la estabilidad, la tradicion, la fuerza, la autoridad, el elemento que opondrá un dique á las ideas como Dios un límite á los mares. Y sin embargo, Cárlos V, que debía resistir, representa la parte externa del Imperio; mientras Lutero, que debía iniciar, representa la verdadera idea interior, la verdadera característica imperial, el verdadero substratum de todas las combinaciones de la política cesárea, á saber: la implacable oposicion á Roma.

Un día, Cárlos se presenta en Aquisgran, donde yace el sepulcro de Cárlo-Magno y donde la bula de oro designa la coronacion de los Emperadores. Lujosa corte le seguia como si el Imperio resucitara de su postracion de dos siglos; el arzobispo de la diócesis le aguardaba en los altares, como si fuese de nuevo á sellar la alianza carlovingia entre el Pontificado y el Imperio; resonaba en aquellas bóvedas un juramento, que parecia hacer eterna la paz católica con sus fórmulas solemnes; y los príncipes, y los electores clamaban, como si sonriese tras aquella ceremonia un albor de esperanza, cuando centelleaba un siniestro relámpago de guerra. Y centelleaba un siniestro relámpago de guerra, porque Imperio, Pontificado, territorio de Alemania, territorio de Italia, España é Inglaterra, Francia y Suecia, los Países Bajos en sus lagos y en sus dunas, los Cantones helvéticos en sus desfiladeros y en sus montañas, todo iba profundamente á conmoverse por la palabra de un monje que atisbaba desde su solitaria celda los movimientos de los electores, tan apar-

tado de ellos como el cadáver en su sepulcro está apartado de los vivientes, y apercibiéndoles, á pesar de esto, á nuevos é increíbles destinos. Mientras los soberanos buscaban al nuevo César, escribia febrilmente á la luz de mortecina lámpara, con la mano trémula y los ojos ardiendo, sus invectivas terribles contra Roma. En su deseo el nombrado debía haber sido Federico de Sajonia, para que de esta suerte, se pusiese la accion á servicio completamente de la idea. No lo fué; y un español de abolengo, un flamenco de nacimiento, un discípulo de los tomistas, debía representar la autoridad imperial, y por consiguiente, reñir en lucha abierta con Lutero. A otro de menos ardor en la mente, de menos energía en la voluntad, de menos fe en sus destinos históricos, arredrárale tal oposicion; mas Lutero habia nacido para la lucha, y luchó con firmeza.